



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 10289

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id. Extranjero.—Tres meses, 11'25 id. La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes. La correspondencia á la Administración.

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MIERCOLES 19 DE FEBRERO DE 1899

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. Corresponsales en París, A. Lovette, rue Curur 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

### MAQUIN S Y HER AMIENTAS

Para las minas, las fundiciones, obras públicas y para la agricultura.

Arados de doble vertedera, Bombas de gran rendimiento, Maquinas para pañado res, Molinos especiales.

Especialidad en calderas y máquinas de vapor, cables de abacá y metálicos, vías férreas con sus wagonetas, plataformas y demás accesorios, correas, etcétera, etcétera.

Bancas y Cajas para caudales. Excelentes referencias sobre la bondad de nuestros artículos.

CAMILO PEREZ LURBE  
12, CASTELLINI, 12.

### COLABORACION INEDITA

## UNA AVENTURA

Era la una de la madrugada.

Se había bailado mucho, y aun la fiesta se hallaba en su período algido.

El salón estaba deslumbrante con sus lámparas incandescentes aprisionadas en tulipanes de rosado cristal, con sus parejas danzando á los compases de una melodía de Strauss, riendo alegremente y despidiendo destellos de la abundante pedrería de sus trajes y tocados.

Aquel vertiginoso girar de los bailarines envueltas en ondas de crugiente sed y finisimos encajes; aquella profusión de caritas hermosas y frescas, todas radiantes de júbilo y embriagadas por los placeres de la lisonja, formaban, con el murmullo de las conversaciones y galanteos, y los acordes de la orquesta, algo así como una de esas grandes fantasías de los cuentos de hadas, ó uno de esos cuadros «dantescos» que subyugan y enloquecen, trastornando los sentidos y convidando á saciar el deseo de placer en aquella efusión que fascinaba á todos.

Los hombres que gustaban de la voluptuosidad del wals, ó de las galanterías de los rigodones ó «pas á quatre» y á quienes mareaba aquel ir y venir de jóvenes disfrazados de caballeros y damas de la edad media, de japonesa, hebreas, manolas, chisperos, damiselas y currutacos, hallábanse en el «fumoír» y saloncillos donde apenas llegaban los ecos del baile.

Ünos haciendo gala de una verbosidad viva y chispeante, entretenían el tiempo, y á varios amigos con exajeradas historietas, y otros, por no perder sólo el tiempo, jugaban al tresillo dejando escapar de entre sus dedos billetes del Banco y relucientes monedas.

Rodeando la chimenea de uno de los saloncillos hallábanse de ocho á diez elegantes de distintas edades, en cuyos rostros adivinábase el saboreo de uno de esos relatos amorosos que siempre deleitan.

—Ah general!—dijo un joven de expresiva mirada y fisonomía inteligente, dirigiéndose á un caballero de blanco mostacho y larga perilla.—V. como militar de gran historia ¡cuánto bueno debe tener guardado! Cuéntenos... ¡vamos!

—El general tiene la palabra—objetó otro de los contentillos.

—No impacientarse, señores. Escucharán un episodio que dio

bastante que hablar en los salones aristocráticos de la capital de Francia hace ya bastantes años.

—Todo somos oídos, general—dijo el joven interpellante.

—Gracias, gracias—contestó el veterano, y comenzó su relato:

—En la época en que ocurrió lo que van Vds. á oír, hallábase agregado á una de las embajadas un capitán, de continente elegante, muy enamorado y no poco aficionado á jugar con las mujeres.

Como sucede á todo «tenorio», sus galanteos habíanse ocasionado más de un disgusto, hasta el extremo de haber estado varias veces á punto de ser enviado á su patria.

Quando esto ocurría, su atrevimiento se refrescaba algo; cosa que duraba tanto como en su memoria la mala pasada, lo cual, en honor á la verdad, diré á Vds. que era bien poco.

La costumbre inglesa de ofrecer por medio de los periódicos matrimonios, estaba muy á la moda en París en aquel entonces.

Pues bien, nuestro joven capitán dominado un día por el fastidio, recorría un día con su vista las columnas de un diario parisién, mas que por enterarse de lo que decía, por matar el tedio.

Algo vieron sus ojos que llamó vivamente su atención. Un reclamo que decía:

«Joven huérfana y bonita y con buen capital, desea contraer matrimonio» ó indicaban unas iniciales y la lista de correos para la dirección.

Reflexionó un rato el mujeriego militar, y al fin exclamó:

—No hay que dudar más; es cosa hecha. La escribo... y una aventura más. Así como así, estoy aburrido, y mientras dure, me divierto...

Y momentos después escribía á la incógnita pretendiente.

La contestación no se hizo esperar. Al siguiente día llegó á su poder un billete que decía:

«Recibí su carta y agradezco su atención. Para que pueda conocerle, le suplico esté mañana á la una de la tarde frente á la puerta principal de San Sulpicio, llevando en el ojal de la americana ó levita dos flores, una blanca y otra roja. M.»

Una hora antes de la mencionada por la incógnita mujer, abandonó el galanteador su morada del boulevard de Montparnasse, dirigiéndose por la rue de Rennes á la plaza de San Sulpicio, donde llegó minutos antes de la una.

Media hora próximamente permaneció paseando por la parte del jardinillo que da frente á la iglesia, luciendo ricos anillos en sus dedos, sin olvidarse de colocar en la solapa de su flamante levita las consabidas flores.

Puso especial cuidado en descubrir algún indicio que le diera á conocer á la aulora de la carta; pero nada vió de particular en las jóvenes que por aquellos lugares transitaron.

Quando á la mañana siguiente abandonó el lecho, le fué entregado un paquetito que contenía el retrato de una hermosa joven, y

otro billete de la misteriosa dama que decía: «Sois el hombre que buscaba. Doy gracias al cielo por haberos conocido. Incluyo mi retrato para que me digais si os agrada. M.»

Diez minutos estuvo contemplando la fotografía. El modelo debía ser uno de esos seres capaces de hacer perder el juicio al más sesudo y santo de los varones. Era delgada y esbelta como la palma real; rubia, de ojos pequeños, pero alegres, expresivos, de esos que sus miradas despiertan las mas doradas ilusiones y hacen creer en un mundo de ensueños amorosos. Sus facciones recordaban la perfección de líneas de la escultura griega, y la belleza voluptuosa de la mujer circasiana. Su vestido era sencillísimo, pero elegante, y en la cabeza no lucía nada que pudiera ocultar su blondo pelo.

Leyó y relejó la carta y dió vueltas entre sus manos á la fotografía, buscando algo que le diera noticias del ser que de modo tan original se atravesaba en su camino, y nada halló. El retrato procedía de Londres, y al final de la carta sola estaba aquella eme que era su mortificación.

Lo que en principio fué uno de tantos entretenimientos, comenzaba á interesarle; y poco á poco en su espíritu iba tomando forma algo para él desconocido, algo que no era pueril deseo de satisfacer su vanidad, un no se qué que le obsesionaba empujándole hácia la mujer cuyo retrato contemplaba con embeleso á todas las horas del día, haciéndole soñar dichas sin cuento y venturas que jamas habían acudido á su cerebro, y en cuya existencia nunca creyó.

Una tarde—dos días después de haber pedido á la misteriosa dama entrevista—apeose el enamorado ingeniero de una berlina de alquiler en la Avenida del Bosque de Boulogne, frente á la puerta de Dauphine; y tomando por la Route de Suresnes, se dirigió hácia el Lago Inferior: había recibido carta de su adorada incógnita, y acudía al punto señalado.

Ya cerca del embarcadero de los bateaux-omnibus, la divisó conversando con la señorita de compañía. No dudó un momento; era ella. Su traje y el tul celeste con motas doradas que cubría su rostro, era el indicado en la carta.

Se acercó, y tan emocionado estaba, que su saludo bien podría haber pasado por el del colegial que por primera vez se halla delante de la señora de sus pensamientos.

Y no mentiré al decir á Vs, que su turbación subió de punto cuando escuchó las frases amorosas y tiernas que le dirigió la bella.

Hablaron de ir hasta la Gran Cascada; pero desistieron á causa de la proximidad de la noche. Tomaron un carruaje que los condujera á París, y momentos después abandonaban el Bosque que ya invadían las tinieblas.

Al salir del puente de los Inválidos, el cochero recibió orden de parar, y bajaron del coche la jo-

ven y la señorita de compañía, ordenando al auriga llevara al caballero al número... del boulevard de Montparnasse.

Al llegar á la casa indicada se detuvo el vehículo; pero nuestro ingeniero no le abandonaba. El cochero, creyendo recibir nuevas órdenes, abandonó el pescante, se acercó á la portezuelita... y comenzó á pedir auxilio.

A sus gritos acudieron varios transeúntes y hallaron sin conocimiento en el interior del carruaje al elegante joven.

Trataron de llevarlo á una casa de socorro; pero en cuanto lo movieron recobró el conocimiento... y se dió cuenta de lo ocurrido: había caído en manos de una sociedad de timadores que le despojaron de sus alhajas y de dos mil y pico de francos...

Una carcajada general ahogó las últimas palabras del narrador.

—¿Y el infeliz chasqueado no descubrió...

—Nada, amigo. La poca luz que ya había cuando se celebró la entrevista y el tul con que velaba su rostro la timadora, diéron los resultados por ella pretendidos, pues el célebre retrato resultó ser de una actriz inglesa.

Y como rastro de la encantadora joven, solo se halló en la solapa de la levita del capitán un papelito prendido con un alfiler que decía: «Adiós, moni!»

D ALONSO MORAIS.

(Prohibida la reproducción)

## Los bailes de máscaras

### TEATRO PRINCIPAL

Anoche se verificó el segundo baile en el Teatro Principal por la sociedad Casinó.

El salón estaba hábilmente decorado y profusamente alumbrado.

Á las doce dió principio el baile y allí tuvimos el gusto de ver á lo más selecto y escogido de nuestra sociedad. Las señoritas de Mancha, Velez, Sánchez-Do-menech, Aznar, Guzmán, Cabanellas, Juan, Martí, Soriano, Benitez, Cisneros y Jorquera, todas estaban hermosas con sus ricos y preciosos trajes de tul y gasas en los que predominaba el color blanco. Había además infinitud de mascaritas y recordamos entre ellas á la monísima y simpática Paquita Cendra, que vestía un precioso y lujoso traje de flor (Dalia) hecho con sumo gusto y Josefinita Paría que estaba guapísima con su traje de maja. Habo comparsas de chulas y otras que vestían traje de fantasía, que sería imposible enumerar por su gran número y por el poco espacio de que disponemos.

Concurrieron las señoras de Mancha, Velez, Togores, Cueta, Sanchez-Domench, Guzmán, Cobachichi, Pascual y otras.

Rindiose culto á Terpsícore en toda regla, bailándose wals, rigodón y paso á quatre, y sirviéndose en el intermedio á las señoras té, dulces y pastas.

El sexo fuerte estuvo representado por los Sres. Perez, Gómez Parejo, Juanito Cendra, Martí, Aparicio, Manjón, Virto, Gomez Murcia, Jorquera, Molero y otros muchísimos que no citamos por no recordar sus nombres.

Á las cuatro empezó el desfile, sin haber terminado el baile, que podemos decir que fué soberbio; pues ya hacia

tiempo que no se habían visto nuestros salones tan concurridos como anoche.

Según tenemos entendido el Domingo de Pin ita dará el Casino el último baile en el teatro.

Rosa.

### EL ATENEO

Se verificó anoche en sus lindos salones el segundo baile de máscaras, y estuvo más concurrido que el anterior.

Así pasa siempre: á medida que las horas del Carnaval van pasando, despiértanse en los más rehacios deseos de ocultar la cara y confundirse en la corriente general de la alegría, para darle bromá al amigo, al conocido ó al que no se conoce. ¿Qué importa eso? La cuestión es dejar que el ánimo sugestivo obre en el sentido de la sugestión, y lo demás viene solo, de una manera natural.

La corriente hacia el Ateneo fué anoche enorme. Quando á las doce penetráramos en el salón de baile, no había sitio donde tomar asiento y á duras penas pudimos dar unas vueltas por el salón, confundidos con el gran número de mascaritas que pasaban saltando y los cóm-pases de la orquesta ó «paseaban» embebecidas en conversaciones que debían ser interesantesísimas.

Aldeanas monisimas; segadoras incomparables, que no se habían espigas con la hoz sino coronaciones con los ojos; refa-jonas de primera elia; chulas airadas y sanjurgueras que hacían temblar al sexo fuerte con el aire que levantaba el fleco del pantalón; gitanas hechiceras...

—¿A qué vienes aquí?—me dijo al oír una vieja que estaba; á juzgar por la brillantez de sus ojos, en la plenitud juvenil.

—Tienes razón; esto y yo no concuerdan; pero tú también eres vieja y estás aquí.

—Es que yo solo tengo vieja la máscara, es decir el disfraz; lo demás es joven.

—Lo mismo que yo. Si pudiera quitarme este disfraz de carne, que me pesa un poco, me quedaria tan joven como tú, porque el espíritu es siempre joven.

—¡Ja, ja, ja! ¡Venirse con filosofías en pleno reinado de Momo! ¡Vaya un bromazo que estás corriendo! Eres un tonito, y tenia razón al preguntarte á qué venías.

Y como tenía razón aquella vieja de quince años, oché á correr para librarme del ridículo, y hasta desué que el demonio me llevara.

¡Eh! no se escandalicen ustedes. El demonio era un Mefistófeles hombre no más viejo que la vieja de quien habla.

Si hice mal me arrepiento; pero hubiera deseado que el demonio me hubiera varado.

Rigodón.

### TEATRO CIRCO.

Los bailes del lunes y martes en este coliseo estuvieron tan animados, que cuanto dijéramos de ellos. Y cural resaltaría pálido. (Estilo antiguo).

Este año ha sido mayor el número de máscaras. Si dijéramos que sólo unas veinte mujeres vimos sin antifaz, no nos equivocáramos en mucho.

El afán de ocultar el rostro se ha generalizado en las mujeres.

Admitimos que se lo cubran las que son feas; pero que las lindas lo oculten no lo comprendemos ni lo aceptamos.

De las muchísimas máscaras que han asistido en las noches citadas á los bailes del Circo, las que más han llamado la atención han sido las siguientes:

Dos gitanas, tejedoras de espárrto, á las cuales á pesar de confeccionar estos no se les puede aplicar el refrán «El que hace un cesto, hace ciento»; una t.rqa, ricamente vestida y superabundantemente hermosa; una circasiana tan infatigable como linda; unas mendigas ó traperas que nada de lo que recogie-